

# narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 09  
Abril-Junio 2008

ISSN 1886-2519  
Depósito Legal: Z-729-2006

## • Ensayo

- La poética en "Axolotl" de J. Cortázar*, por Osvaldo Ulloa Sánchez  
*La sensibilidad mediterránea: herencia y equilibrio para una razón más vital*, por Enrique Ferrari Nieto  
*Gilgamesh y la escritura*, por José Ángel García Landa  
*Obra maestra de las adaptaciones literarias al cine: "Carta de una desconocida"*, de Max Ophüls, por Alfredo Moreno

## • Relato

- Crónica de un cazador*, por Manuel Díaz Martínez  
*Algo provisional*, por Ismael Grasa  
*Nada antes que la fe*, por Vicente Luis Mora  
*El poeta en excedencia*, por Salvador Gutiérrez Solís  
*Final de cuento*, por Jorge Villarruel  
*Seguir observando*, por Pablo Lorente Muñoz  
*La perla de Córdoba (I)*, por Carlos Montuenga  
*El faquir*, por Rosy Palàu  
*El círculo de Eliot*, por Norberto Luis Romero  
*El paso de la oca*, por Recaredo Veredas  
*Ochenta pisos*, por Juan Carlos Vecchi  
*Pueblo de Jones*, por Luis Emel Topogenario  
*Dos misivas*, por Julio Blanco García  
*El colorao*, por Adriana Serlik  
*Enfrente de la casa, toda la noche*, por Agustín Cadena  
*Ajustando cuentas*, por Fernando Sánchez Calvo  
*Ballenas*, por Alfredo Carrera  
*Los hombres que lloraban lágrimas rojas*, por Carlos Garvín  
*Lirios blancos*, por Soledad Acedo Bueno  
*Lisa*, por Javier Guerrero  
*Pistoleros famosos*, por Paul Medrano
- Me niego rotundamente*, por Jonathan Minila  
*Los días felices de Edwin*, por Josué Barrera  
*El diablo de las Hespérides*, por Ahmed Oubali  
*Extranjeros y fantasmas*, por Carlos Frühbeck  
*Últimas palabras para Wendy*, por Javier Esteban  
*Como un canto rodado*, por Esteban Gutiérrez  
*Pero no matarás*, por Luis Tamargo  
*El gringo*, por Pablo Giordano  
*Lo que trajo la noche*, por Salvador Alario Bataller  
*La luna y las comedias*, por Noemí Pastor  
*El tren*, por Miguel Sanfelix  
*Metempsicosis*, por Gemma Pellicer  
*Reencuentro*, por Edilberto Aldán  
*Instrucciones para treintañeras desordenadas y tibias*, por Ana Muñoz de la Torre  
*Corazón de fuego*, por Carlos Arnal  
*Liviandad*, por Antonio Ramos  
*Paisaje sin batalla*, por Sergio Borao Llop  
*De ámbulos concéntricos*, por Héctor Huerga  
*Cándida en el cielo*, por Antonio Toribios  
*La manda de Názaro*, por Roberto Strongman

## • Novela

- Rapsodia vagabunda* (Capítulo), por Juan Carlos Guerrero  
*En la ciudad inmóvil* (Capítulo), por Moisés Ramírez

## • Narradores

Patricia de Souza

## • Entrevista

Marco Tulio Aguilera, por Germán Martínez

## • Reseñas

- "La hermana"* de Sándor Márai, por Sandro Cohen  
*"La carga de la brigada ligera"* de Gonzalo Calcedo Juanes, por Juan Carlos Márquez  
*"Prosa temprana y obras póstumas publicadas en vida"* de Robert Musil, por Eugenio Sánchez Bravo  
*"Nunca llueve sobre el Sáhara"* de Pedro M. Martínez, por Guillermo Ortiz López
- "Golpes de mar"* de Antón Castro, por Magda Díaz y Morales  
*"Espejo roto"* de Mercè Rodoreda, por C. Martín  
*"Los lobos de la luna"* de Frank Quasar, por Hari Seldon  
*"Arde el musgo gris"* de Thor Vilhjálmsson, por María Aixa Sanz

## • Miradas

- Comentario a "Pedro Páramo"*, las cien páginas más célebres de la literatura mexicana, por Javier Cercas Rueda  
*Lo desmemorioso en los ojos*, por Juan Fernando Covarrubias Pérez  
*H. P. Lovecraft y la seducción del misterio*, por Jorge Villarruel

## • Literatura e imagen

## • Novedades editoriales

**Editores: Magda Díaz y Morales – Carlos Manzano**

**Colaboradores:** Soledad Acedo Bueno - María Aixa Sanz - Salvador Alario - Edilberto Aldán - Carlos Arnal - Josué Barrera - Julio Blanco García - Sergio Borao Llop - Agustín Cadena - Alfredo Carrera - Javier Cercas Rueda - Sandro Cohen - Juan Fernando Covarrubias - Manuel Díaz Martínez - Luis Emel Topogenario - Javier Esteban - Enrique Ferrari Nieto - Carlos Frühbeck - José Ángel García Landa - Carlos Gavín Molina - Blanca Gimeno - Pablo Giordano - Ismael Grasa - Javier Guerrero - Juan Carlos Guerrero - Esteban Gutiérrez - Salvador Gutiérrez Solís - Héctor Huerga - Pablo Lorente - Juan Carlos Márquez - C. Martín - Germán Martínez - Paul Medrano - Jonathan Minila - Carlos Montuenga - Vicente Luis Mora - Alfredo Moreno - Ana Muñoz de la Torre - Ricardo Olvera - Guillermo Ortiz - Ahmed Oubali - Rosy Palàu - Noemí Pastor - Gemma Pellicer - Moisés Ramírez - Antonio Ramos - Norberto Luis Romero - Jose Antonio Ruiz-Roso - Eugenio Sánchez Bravo - Fernando Sánchez Calvo - Miguel Sanfeliú - Hari Seldon - Adriana Serlik - Patricia de Souza - Roberto Strongman - Luis Tamargo - Antonio Toribios - Osvaldo Ulloa Sánchez - Juan Carlos Vecchi - Recaredo Veredas - Jorge Villarruel

**www.revistanarrativas.com – narrativas@hotmail.com**

**N**arrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

**SUMARIO - núm 9**

<i>La poética en "Axolotl" de J. Cortázar</i> , por Osvaldo Ulloa Sánchez .....	3	<i>El gringo</i> , por Pablo Giordano .....	121
<i>La sensibilidad mediterránea: herencia y equilibrio para una razón más vital</i> , por Enrique Ferrari Nieto .....	8	<i>Lo que traje la noche</i> , por Salvador Alario Bataller .....	128
<i>Gilgamesh y la escritura</i> , por José Á. García Landa .....	14	<i>La luna y las comedias</i> , por Noemí Pastor .....	131
<i>Obra maestra de las adaptaciones literarias al cine: "Carta de una desconocida"</i> , de Max Ophüls, por Alfredo Moreno Agudo .....	21	<i>El tren</i> , por Miguel Sanfeliu .....	135
<i>Crónica de un cazador</i> , por Manuel Díaz Martínez.....	27	<i>Metempsicosis</i> , por Gemma Pellicer .....	138
<i>Algo provisional</i> , por Ismael Grasa .....	32	<i>Reencuentro</i> , por Edilberto Aldán .....	139
<i>Nada antes que la fe</i> , por Vicente Luis Mora .....	37	<i>Instrucciones para treintañeras desordenadas y tibias</i> , por Ana Muñoz de la Torre .....	141
<i>El poeta en excedencia</i> , por Salvador Gutiérrez Solís .....	39	<i>Corazón de fuego</i> , por Carlos Arnal .....	141
<i>Final de cuento</i> , por Jorge Villarruel .....	42	<i>Liviandad</i> , por Antonio Ramos .....	145
<i>Seguir observando</i> , por Pablo Lorente Muñoz .....	44	<i>Paisaje sin batalla</i> , por Sergio Borao Llop .....	147
<i>La perla de Córdoba (I)</i> , por Carlos Montuenga .....	49	<i>De ámbulos concéntricos</i> , por Héctor Huerga .....	148
<i>El Jaquir</i> , por Rosy Palàu .....	54	<i>Cándida en el cielo</i> , por Antonio Toribios .....	151
<i>El círculo de Eliot</i> , por Norberto Luis Romero .....	57	<i>La manda de Názaro</i> , por Roberto Strongman .....	152
<i>El paso de la oca</i> , por Recaredo Veredas .....	63	<i>Rapsodia vagabunda (Capítulo)</i> , por Juan C. Guerrero ..	157
<i>Ochenta pisos</i> , por Juan Carlos Vecchi .....	64	<i>En la ciudad inmóvil (Capítulo)</i> , por Moisés Ramírez ..	159
<i>Pueblo de Jones</i> , por Luis Emel Topogenario .....	65	<i>Narradores: Patricia de Souza</i> .....	161
<i>Dos misivas</i> , por Julio Blanco García .....	70	<i>Entrevista a Marco Tulio Aguilera</i> , por G. Martínez .....	164
<i>El colorao</i> , por Adriana Serlik .....	74	<i>"La hermana" de Sándor Márai</i> , por Sandro Cohen .....	170
<i>Enfrente de la casa, toda la noche</i> , por Agustín Cadena ..	77	<i>"La carga de la brigada ligera" de Gonzalo Calcedo Juanes</i> , por Juan Carlos Márquez .....	171
<i>Agustando cuentas</i> , por Fernando Sánchez Calvo .....	82	<i>"Prosa temprana y obras póstumas publicadas en vida" de Robert Musil</i> , por Eugenio Sánchez Bravo .....	172
<i>Ballenas</i> , por Alfredo Carrera .....	87	<i>"Nunca llueve sobre el Sáhara" de Pedro M. Martínez</i> , por Guillermo Ortiz López .....	174
<i>Los hombres que lloraban lágrimas rojas</i> , por Carlos Garvín Molina .....	89	<i>"Golpes de mar" de Antón Castro</i> , por Magda Díaz .....	175
<i>Lirios blancos</i> , por Soledad Acedo Bueno .....	91	<i>"Espejo roto" de Mercé Rodoreda</i> , por C. Martín .....	177
<i>Lisa</i> , por Javier Guerrero .....	94	<i>"Los lobos de la luna" de Frank Quasar</i> , por H. Seldon..	178
<i>Pistoleros famosos</i> , por Paul Medrano .....	96	<i>"Arde el musgo gris" de Thor Villyálmsson</i> , por María Aixa Sanz .....	179
<i>Me niego rotundamente</i> , por Jonathan Minila .....	101	<i>Comentario a "Pedro Páramo"</i> , las cien páginas más célebres de la literatura mexicana, por Javier Cercas Rueda .....	181
<i>Los días felices de Edwin</i> , por Josué Barrera .....	102	<i>Lo desmemorioso en los ojos</i> , por Juan F. Covarrubias ..	184
<i>El diablo de las Hespérides</i> , por Ahmed Oubali .....	104	<i>H. P. Lovecraft y la seducción del misterio</i> , por Jorge Villarruel .....	186
<i>Extranjeros y fantasmas</i> , por Carlos Frühbeck .....	107	<i>Literatura e imagen</i> .....	188
<i>Últimas palabras para Wendy</i> , por Javier Esteban .....	112	<i>Novedades editoriales</i> .....	190
<i>Como un canto rodado</i> , por Esteban Gutiérrez .....	117		
<i>Pero no matarás</i> , por Luis Tamargo .....	119		

**El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.**

## LA MANDA DE NÁZARO

por Roberto Strongman

A través de aquella voz compasiva y sedienta de sangre que me hablaba en mis sueños comencé a entender que mi regreso al país natal me curaría, pero nunca sospeché que esa peregrinación marcaría también los pasos que me llevarían a la muerte. Camino hasta mi encuentro final con el Santo sabiendo que esta vez seré aliviado por completo de mi aflicción y que así mi vida habrá cumplido su misión.

Empecé a andar por este arduo camino desde aquella mañana en la que mientras me duchaba noté las primeras úlceras que comenzaban a cubrir mis piernas y que el doctor varios días más tarde diagnosticó como las etapas iniciales del síndrome incurable que yo ya sabía tenía desde hace varios años pero que hasta entonces no se había manifestado visiblemente en mi cuerpo. Y entonces estaban los perros. Siempre los perros. Por todas las calles y avenidas me seguían y me encontraban en los lugares más inauditos y en los momentos menos apropiados siempre con sus caras lánguidas y llenas de compasión. La gente empezó a pensar que yo era pasea-perro y me preguntaba cuanto cobraba y si yo y podía ir a recoger el suyo y darle la vuelta. Perros de todas clases y pedigríes me perseguían pero la población de la jauría mayormente consistía de esos perros amarillos sin dueño que rebuscan en los basureros por las noches los desperdicios de la gente de esta gran metrópolis de Masterdamniew. Tomé una asignación periodística por una semana en Lutecia pensando que los perros no podrían seguirme al otro lado del Atlántico pero allá me los encontré nuevamente el último día de mi estadía y fue entonces cuando empezó a revelármese todo. No fue sino cuando al menos una docena de ellos me rodearon en la terminal de tren Saint Lazare levantándome la basta del pantalón con sus narices frías y lamiéndome las llagas en los tobillos para el asombro de todos en la estación que empecé a darme cuenta de lo que me estaba ocurriendo y de lo que tenía que hacer. Esa misma noche con un lino irlandés color violeta y grandes encajes blancos empecé a zurcir mi túnica y no acabé hasta el amanecer. No tenía tiempo para perder. Todo debería estar listo para el peregrinaje. Ni siquiera tuve tiempo de regresar a Masterdamniew. Tomé el primer vuelo desde Lutecia al Istmo.

Mi regreso al Istmo fue anunciado esa misma mañana con la paralización de las actividades comerciales de los dos puertos principales a causa de la aparición sorprendente de un gigantesco cardumen de tres mil mantarrayas moteadas que al ocupar los muelles con su incansable aleteo y la indeleble espuma violácea de su tinta interrumpieron completamente las labores de descarga de contenedores de los barcos de la misma forma en que lo hicieron cuatrocientos treinta y tres años antes para la llegada de la imagen del Cristo Negro a las playas de Portobelo. El andrajoso y viejo frutero Cassandro Saint-Baptiste, mejor conocido como «El Martiniqués» ya venía prediciendo este acontecimiento por las calles empedradas de San Felipe desde hacía ya más de una semana, pero, como siempre, nadie le prestaba atención a sus profecías, que si hubieran sido oídas ya bien hubieran cambiado el curso de la historia nacional varias veces en este siglo. Cansado ya de no ser escuchado, el Miércoles pasado dejó su carretilla rebosada en mangos, papayas, sandías y melones en la Plaza Central y se dirigió hacia la Catedral donde interrumpió la misa de mediodía, empujando a un lado al Obispo en plena homilía. Desde el púlpito y sin necesidad alguna de micrófono empezó a predicar la segunda venida de Názaro al Istmo salpicada y entrecortada por lo que pareciera haber sido anuncios comerciales para las ventas de su cornucopia de frutas afuera. El Obispo humillado retomó su puesto de autoridad al levantar al frágil Cassandro por el cuello con una mano y con la otra dándole fuertes bofetadas que colmaban el recinto con su eco. En unos cuantos minutos cuatro oficiales de la Guardia se lo llevaron esposado mientras el pataleaba y gritaba improperios y palabras ininteligibles.

Mientras El Martiniqués se levantaba de su tercera mala noche de sueño durmiendo en el duro y frío suelo de la Cárcel Modelo, yo, trasnochado también, desembarcaba de mi vuelo trasatlántico desde Lutecia hasta el Istmo en el Aeropuerto Internacional General Rojitos de la Rejera. Yo bien sabía que no podría pasar por la inmigración sin que los oficiales fueran alertados de mi calidad de prófugo y exiliado a causa de la serie de artículos en contra de la dictadura del General Rojitos que publiqué en mi columna del diario *Star & Herald* y que erróneamente en ese entonces pensé no serían objeto de escrutinio por las autoridades al tratarse de un diario en Inglés leído solo por los Antillanos y los fulos.

Pero pasar por la inmigración era la única manera de salir de la terminal y me arriesgué, pensando que tal vez mi indumentaria de Santo y mi nuevo cabello largo un poco desarreglado me enmascararían un tanto. El oficial tomó el pasaporte y al pasarlo por el lector electrónico efectivamente sonó la alerta y cuatro Guardias acudieron rápidamente para llevarme a la Cárcel Modelo, donde me encontré con El Martiniqués.

Los otros reclusos tenían al Martiniqués de brujo y no querían nada que ver con él porque se quejaban de que no entendían su *patuá*. Aunque era cierto que el Martiniqués hablaba creol francés, dominaba muy bien el español ya que había emigrado al Istmo siendo todavía un adolescente. Yo le entendía muy bien y cuando le pregunté porque los demás se quejaban de no entenderle, el Martiniqués me intimó que se trataba de un *malefiz* que le hicieron para que nadie entendiera sus visiones proféticas. «Pero tú sí me entiendes porque el poder del Nazareno está contigo y quiere que sepas lo que verás y lo que debes hacer durante este día tan esperado.» Mientras me miraba con sus ojos impávidos y espectrales deliraba y me decía: «Desde antes de nacer estabas destinado a escuchar la voz del Santo y a mirar el cielo y ver cómo las águilas afilan sus garras y cómo los zopilotes salen del matadero y pasean por las calles comiéndose a los hijos muertos de la patria. Las heridas de los azotes que sufriste nos han sanado a todos y en tu misericordia buscas al que empuñaba el látigo para hacerlo mártir de la causa. El Nazareno ha escuchado el llanto de los pobres de San Felipe que cargan baldes de agua para bañarse y les dará de su río de agua viva. El diablo y sus ángeles caídos tienen permiso hoy de merodear por los caminos amplios y de vestirse de verde y usar botas, insignias y medallas pero sus planes no prevalecerán porque el camino del Nazareno es el camino angosto de santidad que lleva al paraíso. Ya lo tengo todo arreglado para que si le das dos *malboros* al *guachimán*, te deje salir. Nos volveremos a encontrar frente al Santo.»

Salí corriendo cuatro cuadras hasta llegar a la esquina de la Avenida Truco de Lujo y calle B, donde desde siempre trabaja mi madre. Claramente los años ya la habían alcanzado y no le iba tan bien en el negocio como cuando yo era chico. Estaba jorobada y demacrada por la mala vida. La encontré peleándose con un cliente fulo que no quería pagarle lo acordado cuando ella se bajó del carro. Antes de que yo pudiera interponerme, ella calló en plena calle no si antes haberle dado sus buenos puñetazos y puntapiés al carro y a gritar a toda voz que estos malparidos fulos cagaleche ladrones de mierda se fueran todos para la chucha de país de donde salieron y nos devolvieran lo que nos pertenece. Por suerte, pude levantarla antes de que la atropellaran y desde la acera juntos vimos cómo el automóvil del fulo malapaga en su fuga se estrellaba contra el edificio del Instituto Nacional. Los gritos de mi madre y el estruendoso accidente causaron tal conmoción que los todos los quinientos setenta y seis estudiantes del Instituto salieron a la calle para ver de que se trataba el alboroto. Entre todo el barullo y la conmoción, mi madre nunca me reconoció. Súbitamente ella se vio rodeada de cientos de adolescentes en uniforme a quienes ella narró cómo fue estafada por el fulo después de ella haber cumplido muy bien con sus labores. Nunca pensé que mi madre tuviera ese carisma de movilizadora social, pero ahí estaba ella, incitando a los estudiantes a que encontraran a ese fulo condenado que lo caparan a él y a todos los demás fulos hijo'emadres explotadores y que llevaran la bandera nacional a la Zona que a la patria no le falta el respeto nadie y mucho menos esos desgraciados que son de los que más trabajo dan para que se les pare y luego no quieren pagarle bien a una. ¡Llevémosle nuestro estandarte bien en alto, carajo!

Ese «carajo» con ese tono de voz desencadena entonces en mí un torrente de recuerdos de su aspereza. Mejor es que te que calles que tus chillidos me retumban en la cabeza por el aguardiente de la jornada de anoche chiquillo de mierda no creas que con tus llantos me vas a conmover el alma porque hace mucho tiempo que me deshice de ella la perdí mucho antes de que tú nacieras cuando empecé a trabajar en la esquina después que mi madre me echó de la casa porque decía que mi padrastro se cansaba de tener que mantener a una hija que no fuera de él aunque yo siempre pensé que fue porque yo ya con mis dieciséis años empezaba a hacerle la competencia a ella en menopausia no duré mucho trabajando de empleada doméstica pero sí lo suficiente como para aprender el verbaje de esos fulos de mierda patrones míos lo que sí me ayudo después al trabajarles a estos soldaditos arrechos que cada vez me pagan menos coño y tu padre fue uno de ellos condenado que después que no me pude deshacer de ti no quiso responsabilizarse te dio el nombre y tienes tu certificado de nacimiento como si fueras fulo pero y de la plata nada ya venía yo pensando que un día las yerbas de la comadrona Fransela no fun-

cionarían y el Martiniqués me había ya dicho que como penitencia daría a luz un maricón pero como él habla con ese acento de *fwansé-banan* quién era capaz de entenderle bien pero un *makomé* que nos iba a salvar a todos de la desgracia en que estábamos decía él. Pero él habla tantas barbaridades el decía que yo tenía que llamarte Nazareno o Lazareno o Lazarillo o Lazarillo o Lázaro qué se yo y te quedaste con Názaro como nombre si quieres ve y muéstrales los moretones a quien quieras que de nada te va ayudar porque entonces te llevarán al orfanato del tutelar de menores y a ver si te dan de comer allá debería seguir dándote de correazos para que quedaras todo púrpura el color te viene bien así me dejaba tu padre también no creas si viéndote a ti es como viendo a ese condenado hiejo'eputa pero tú eres hombre y puedes con los golpes y si un día crees que eres ya grande para pegarme de vuelta ni creas que ahí sí te llevo con la Guardia porque a una madre se le respeta y ahí sí les digo que eres un maricón del diablo para que te cojan y destrocen el culo esos desgraciados y ya es santa hora que te vayas para la escuela y me dejes dormir y déjate de esa lloriqueadera que me duele la cabeza coño, ¡carajo!

Pero este «carajo», en vez de recriminar y abusar, esta vez galvaniza a las masas a la protesta. Entonces, veo cómo los estudiantes sacaron al fulo del carro aturdido por el estrellazo y lo acabaron de matar con la arrastrada que le dieron por varias cuadras. La turba de estudiantes continuó por la Avenida Truco de Lujo unida a los trabajadores del puerto quienes, aprovechando la ocupación de los muelles por las mantarrayas, se dieron a la manifestación y añadieron cuantiosamente al número de la multitud. Cantando que el pueblo unido jamás será vencido llegaron hasta a La Boa, la escuela de los fulos que tenía a dicha víbora como mascota, y demandaron izar en territorio ocupado la bandera nacional hasta que las balas y los gases lacrimógenos de la policía militar mataron a diez estudiantes y una trabajadora sexual y dispersaron a las mil trescientas cincuenta dos personas restantes de vuelta a San Felipe pero yo corrí en la dirección opuesta a ellos y busqué refugio escalando el Cerro Onán, siguiendo al espíritu de Amelia.

Por las calles de San Felipe se dice que si uno observa con atención se puede ver cómo el espíritu de Amelia se desliza de noche por entre las monumentales rejas del cementerio de los poetas, deambula a través de la Avenida Truco de Lujo y sube al Cerro Onán por uno de sus tupidos valles de selva a descansar con las orquídeas escondidas de su cima y a deleitarse viendo desde allá las luces de la ciudad y cómo luego, al amanecer, desciende nuevamente con la neblina que calienta el temprano sol tropical. Pero esa mañana, las brumas no volvieron a cruzar las rejas y me atraparon con su brisa y con su tierna voz que cantaba algo de que se hizo tu chorrillo, su corriente, del extraño que secó su fuente. Las brumas arrebatan mi túnica y me impulsan como vela y mástil hacia el camino cerrado que conduce al cerro, donde está el Guardia Zoneíta joven y alto, de gruesos brazos militares e intrigante mirada de forastero. «Whitman,» su nombre escrito en la escarapela sobre su bolsillo de camuflaje verde, me dice: «You can't come up here; this is a restricted area.» Pero Amelia me hace brillar y lo mira con mis ojos y lo seduce y lo convence de dejarme pasar. El encanto se rompe y Whitman me sigue alarmado por el sendero hacia arriba vamos, corre que no me alcanzas, sigue jadeando que así me gustas, un poquito más y estaremos ya con la orquídeas, que Amelia nos presta su cama hoy. En la cima tú y yo vemos la ciudad abajo, las torres resplandecientes de madreperla de la Catedral, más allá las ruinas de la primera ciudad quemada por los piratas y el mar, siempre el mar por todos lados, la marea esta baja y si estuviéramos allá en la bahía podríamos caminar hacia las islas de las perlas. Pero allá seríamos presa fácil y acá nadie nos ve. Whitman cómo sudas, no debes estar acostumbrado a esta calor y humedad de sauna, de invernadero pero claro, si eres de las afueras de Masterdamniew, eres de Gandislo, allá el verano nunca es tan abrumador. Con el dorso de mi mano lamo tu frente e imagino beber tu perspiración. ¡Cómo sudas, precioso! Te desabotono el uniforme y en un dos por tres te tengo frente a mí en toda tu virilidad bronceada, dorada, como estatua de cobre recién brillada. Y tú te dejas besar, pasivamente. Pero luego eres tú el que me acuesta en el aposento de Amelia, en sus hojas secas, en tus *leaves of grass*. Y allí rodamos como serpientes apareándose, estrujándose con fuertes músculos que aunque hechos para matar, esta vez aman. Cuidado, todavía no. Espérate un poquito. Acabemos juntos aquí porque tenemos que reverdecer las hojas secas de Amelia para darle paz, *to make green your leaves of grass*, te susurro yo al oído. Y al destapar nuestras fuentes empieza a emanar una vez más el ojo de agua a nuestros pies, bajo las hojas. El chorrillo nos limpia y refresca y las orquídeas nos sonríen. Vemos al agua bajar hasta San Felipe y nos despedimos de Amelia, dándole las gracias, al ver cómo su neblina se condensa y se une a la corriente que la lleva hasta su reposo y que inunda la Ave-

nida Truco de Lujo y obstaculiza temporalmente a las tropas militares que intentan dispersar a las masas de estudiantes frente al Instituto Nacional. Mientras tanto, Whitman quiere saber *why are you in such a hurry? Why are you leaving? Názaro, stay here with me*, pero yo simplemente le digo que lo siento porque tengo que ir a cumplir una manda a Portobelo.

Bajando desde la cima me percato cómo a través de los siglos a la ciudad de San Felipe se la pasan moviéndola, siempre a un lugar menos húmedo, con menos alimañas o con un buen promontorio rocoso que se pueda amurallar bien. Más o menos cada ciento cincuenta años los habitantes de la ciudad deciden que ya no pueden seguir viviendo ahí y todos cargan a cuestras sus casas como nómadas hasta la próxima península o bahía a la cual hayan decidido relocalizarse. Los asentamientos anteriores entonces quedan abandonados y se convierten en nostálgicas ruinas estranguladas por higueras arbóreas que los Felipeños visitan durante los fines de semana para imaginarse el peligro que hubieran sufrido a manos de los piratas y zancudos si hubieran seguido viviendo ahí. La costa era entonces una serie de ruinas que poco a poco fueron siendo rodeadas por una urbe extensa que se desparramó descontrolada una vez que construyeron los miradores en la cordillera y decidieron que amurallar la ciudad por tierra ya no era necesario. Por eso, entre tantas ruinas de cal y canto a lo largo de la costa, me cuesta encontrar a la ciudad que yo conocí y una vez que diviso lo que parecen ser las ruinas de sus torres de bloques de coral para llegar ahí debo esquivar nuevos rascacielos transparentes, cruzar bajo puentes de autopistas que no tienen límites de velocidad y deambular por entre barrios de cartón donde se cría la miseria de niños de estómagos distendidos por las lombrices y sólo entonces estoy finalmente entre los edificios dilapidados de lo que fue el primer asentamiento de los fulos en el Mar del Sur. Yo estuve aquí para las festividades del acto inaugural de la catedral cuya torre todavía esta más o menos en pie y como me pasearon por todos los conventos de la ciudad a lo largo de seis meses, llegué a conocer bastante bien el lugar y hasta llegué a dominar la lengua de los indígenas porque en ese entonces pocos de ellos conocían el idioma de los colonizadores fulos. Todavía recuerdo las oraciones en las que me pedían que echara a esos recién llegados pero ellos no entendían que mis poderes se limitaban a ciertas infecciones cutáneas que aunque bien las utilicé contra los fulos de nada servían sin un plan insurgente bien organizado. Pero los curé a todos de la viruela y fui el causante de la desobediencia que los perros asesinos de los fulos exhibían cuando se les ordenaba devorar a los indígenas. Cuando los indígenas se sintieron defraudados por mi falta de omnipotencia y los fulos empezaban a sospechar que yo tenía algo que ver con los chancros venéreos que ellos empezaban a padecer, empezaron a malquererme y un buen día me montaron en un burro y todos sus setecientos setenta y seis habitantes se despidieron de mí en el Puente del Rey que es el comienzo del camino que lleva hasta el Gran Río. Pero hoy, siguiendo ese mismo viejo sendero empedrado bajo la verde sombra del bosque, en vez de llegar al puerto fluvial de Cruces, me encontré con la imagen fantasmal de un bosque hundido de troncos secos que despuntan sobre la superficie neblinosa del nuevo embalse. Nado por entre estos troncos curados por el agua fresca de este río contenido, troncos que rehúsan descomponerse y se arraigan más aún en su muerte al fondo como las manos huesudas de un cadáver ya tieso y frío para soportar como exquisitos postes la bóveda verde y mansa de un templo sumergidos donde panteras y ocelotes ahogados deambulan todavía inconscientes junto a los populosos manatíes, cocodrilos y peces multicolores que nadan ahora en su extendido reino. El llanto de los árboles ahogados me guía por entre islas que anteriormente fueron montañas hasta llegar a la otra orilla donde luché fuertemente contra la corriente de la cascada que se desploma de la represa y llego sin percances a la pequeña playa de arena y algas que es donde se puede tomar el camino cuesta abajo hacia la ciudad del otro mar.

Aspinwall es una soleada isla de mangle flotante que fue rellena con los escombros de excavaciones de canteras distantes y unida al continente por una angosta lengua de tierra artificial por la cual corren una carretera de dos vías y los rieles del tren. Bajo sus calles perfectamente alineadas, sus balcones y arcadas arde el pantano todavía de donde emanan burbujeantes gases que infectan todas las actividades humanas en la superficie con una náusea y calor de vida que bien se podría acertar que en esa urbana sopa paleolítica inertes moléculas se aglutinan en células vivientes al calor del mediodía diariamente. Los primeros habitantes se vinieron desde las antillas inglesas y francesas flotando con el mangle a la deriva hasta que su balsa vegetal encalló en la arenilla de una bahía que ellos llamaron Folks River a pesar de no ser un río. Desde que el sedimento natural de las mareas creó el terraplén que une a la isla con el continente hubo varios planes para removerlo y así mantener el carácter isleño de Aspinwall y resguardarlo de la arrasadora avalancha hispanizante que se vislumbraba aún desde sus comienzos

más peligrosa que el inminente maremoto que siempre amenazaba con aniquilar a Aspinwall bajo el poder de sus gigantescas olas. Pero en toda la historia de Aspinwall nunca sus habitantes se habían resuelto definitivamente a cortarle el paso al país hasta que se enteraron de los disturbios estudiantiles de esta mañana y fue por eso que hoy al entrar a la ciudad tuve que esquivar a los excavadores de la zanja que prometía mantenerlos libres de la educación en idioma Castellano de la asfixiante nación continental en la que se encontraban incrustados. *Let the Nazareno pass through, he going Portobelo, look here he the sharpest Nazarene I ever see. You going down to the pier? Catch boat to Portobelo?* Pero antes que pueda responderle al *bolom*, uno de los oficiales de la Guardia Nacional que estaba allí para darle alto a la obra de excavación se percató de mi presencia y tengo que correr. Salto la zanja antes que éste pueda apresarme y me uno a los canes de la ciudad que esperan y quienes pronto me alejan del peligro y, como hienas, me infectan del goce de estar de nuevo en medio de este dulce olor de putrefacción de Aspinwall que es la rosa de carroña de pescado más embriagantemente perfumada de todo el Atlántico. La jauría me guía por entre sus excelentes arcadas y bajo sus balcones de hierro estupendamente forjado para unirme poco a poco a los centenares de franceses antillanos vestidos de morado que colman las calles rumbo al puerto. La Guardia Nacional me persigue y no me encuentra entre tanto negro vestido de púrpura. Las hienas desde el muelle se ríen de los Guardias cuando me embarco escondido entre los otros Nazarenos en las chalupas de los pescadores y nos escapamos hacia Portobelo siguiendo el camino que las mantarrayas moteadas nos dibujan en la superficie verde del mar con sus felices saltos de alas saladas.

Al caer la noche, Portobelo está lleno de cañones y nazarenos encandilados de humeantes velas blancas. Sus calles empedradas están cubiertas de un gentío vestido de violeta que danza con el Santo tres pasos para adelante y dos hacia atrás. Cuando salgo de la iglesia, entre la muchedumbre me encuentro con Whitman. Él quiere que me vaya con él a Gandislo pero sé que no puedo, sé que no debo, he de rechazar esta tentación y de repente no tengo que luchar más para realizar mi propósito porque yo dejo de existir para mí mismo y empiezo a unirme con el Santo. Su mirada se funge con la mía. No se si yo estoy dentro de él o él dentro de mí. Nuevamente escucho su voz anémica de mis sueños que ahora reconozco como mía. No creas las leyendas que dicen que el humo de las velas me ennegrecieron. En Africa nací y me llamo Ombalú. Me tiraron del barco negrero para aligerar la carga. Morí ahogado en el medio del Atlántico, donde envuelto por el sargaso, curtido por el sol y la sal mi cuerpo fue preservado. Flotando llegué hasta estas costas donde momificado me exhiben en la iglesia y me sacan una vez por año a tambalear. Tú eres mi elegido por ser hijo de puta y fulo, por ser maricón, lo que quiere decir que eres un hombre marginal y penetrable como yo. Las llagas que has llevado son las heridas de tu pueblo, al cual redimirás con tu sangre. El éxtasis de nuestra unión es tan intenso que siento como si mi cuerpo fuera traspasado por flechas flameantes. Tranquilamente dejo de respirar y mi cuerpo cae inerte en los brazos del Martiniqués, quien entre los gritos de los devotos me lleva a cuevas hasta la bahía, donde él ya sabía me estarían esperando las mantarrayas moteadas a llevarme a aletear en su mundo de coral para siempre. Por las calles de Portobelo se escuchaba que la Guardia le había disparado a un nazareno. Otros decían que no fueron disparos sino piedras de unos que lo habían llamado maricón. Hubo quienes contaron cómo accidentalmente las pisadas de las masas mataron a un enfermo nazareno que se desmayó cumpliendo su manda. Aun otros juraron ver cómo una jauría de perros lo desangró al despedazarle las piernas. En lo que todas las leyendas concurrían era en la gran cantidad de sangre derramada, espumosa y de un extraño color violeta. Sólo El Martiniqués sabía que la manda de Názaro había consistido en ofrecer su vida en sacrificio para que el Santo ayudara a su pueblo a ser libre, deshaciéndose de los fulos de una vez por todas.

© Roberto Strongman

---

#### **El autor:**

**Roberto Strongman** nació y se crió en el puerto caribeño de Colón durante las décadas de los setenta y ochenta, cuando los Estados Unidos todavía controlaba una porción importante del territorio nacional de Panamá. Este es el origen de la temática de decolonización que define toda su obra crítica y creativa. Es doctor en Literatura por la Universidad de California, San Diego (EEUU). Actualmente es profesor de estudios culturales caribeños en la Universidad de California, Santa Bárbara. Se puede tener acceso a sus artículos a través de su página en la red: [www.blackstudies.ucsb.edu/people/strongman.html](http://www.blackstudies.ucsb.edu/people/strongman.html)